

Hacia un concepto unitario del Jazz

Por Javier Coma

La actual situación de desorientación que preside el problema de la relación cuantitativa existente entre jazz tradicional y moderno es notablemente perjudicial para la música de jazz, en primer lugar porque la crítica, ceñida al combate y a la controversia momentáneas, ha dejado de lado totalmente, en el instante más propicio, la elaboración de una teoría sólida que englobe trascendentemente esta música dentro del concepto de arte total. Creo que una vez efectuado esto, sabríamos verdaderamente a qué atenemos ante cualquier valoración jazzística concerniente al terreno de la práctica.

El punto inicial que debe presidir esta teoría ideal deseada por todos los buenos aficionados al jazz, es indudablemente la mentalidad del músico cultivador de tal estética. El músico de jazz es el artista, el hombre, por consiguiente está dotado de un mundo interior y de un ansia de manifestarlo en la realidad circundante. Para esto, requiere un medio, un modo de transmisión del espíritu, que por su contacto con la belleza será llamado arte, y, por su contacto con lo real concreto, música. Estética y sonido, he aquí los dos elementos cuya fusión produce la música.

Ahora bien, el hombre blanco halló en tiempos antiguos la música como medio de expresión espiritual, y creó, aliando diversas concepciones predominantes en diferentes épocas una teoría del sonido como arte. Al mismo tiempo, una mentalidad completamente distinta, la del negro, iba forjando —si bien, apartado de la cultura, se basaba para ello en la tradición— una teoría sobre el mismo objeto, pero completamente distinta. En el siglo XIX, la historia fundió en un rincón del planeta, el territorio de la vieja New Orleans, ambas concepciones. De esta fusión surgió el jazz, o sea, una música nueva, correspondiente a una nueva estética del sonido compuesta por elementos de la estética blanca y por elementos de la estética negra, ambas en estado puro. En cuanto esto supone universalización del arte, de la expresión humana, debemos reconocer al jazz su trascendental papel de camino recorrido

hacia el arte puro y total, no sujeto a límites. En el momento actual, hablando en sentido teórico desdeñante del resultado, esta aproximación al arte total podía alcanzar un punto culminante con la participación del jazz como sonido en el cine, único arte hasta ahora que reúne movimiento, sonido y color como síntesis de los medios de expresión espiritual. Por esto considero muy importante el enjuiciamiento del resultado artístico que haya producido la música del maravilloso Modern Jazz Quartet en el conjunto de un film francés realizado recientemente.

La fusión artística supra-racial verificada en el jazz no se dio, sin embargo, con el nacimiento de esta música, sino que, incluso, no se ha dado todavía en toda su integridad, y casos que parecen manifestarlo tienen una dosis considerable de apariencia pura. En efecto, en el principio, se unieron solamente el mundo interior del negro norteamericano con los medios materiales —instrumentos, melodía— contando con los cuales el blanco creaba arte. Con esta base, el jazz, hasta la segunda guerra mundial, experimentó una evolución relativa que fue coadyuvando, casualmente, a definirlo. En esta época, la mentalidad del músico no culto, pero dotado de un poderoso contenido animico e intuitivo musicalmente, predomina de forma abrumadora. En el jazz se reúnen a priori una serie de valores agolpados en la tensión psíquica. En la ejecución, tal tensión genera el swing, y tomando cuerpo, a través de la música gobernada por el swing, de sentimiento y esfuerzo, estos valores se concretizan de un modo determinado en la realidad artística. En cuanto el sentimiento desligado de romanticismo revela densidad y el esfuerzo significa profundidad y lucha, el jazz es acometido a partir de un estado intelectual importante; y siendo este estado intelectual propio de un hombre no educado, que incluso a veces no sabe leer ni escribir, su origen, la causa que lo produce hemos de identificarla con la reacción del hombre ante la vida en su aspecto más crudo, en el aspecto que atañe a la mentalidad contempladora del amor, la muerte, la esclavi-

tud del sexo, el sufrimiento físico, la angustia de la opresión. Este mundo inevitablemente presente, no fruto del pensamiento, sino ceñido a realidades existenciales de contacto brusco y directo, que, por lo demás, aparecen revestidas de un significado social y humano en cierto modo exclusivista, es el propio del negro ejecutante de jazz. Como sea que situados en este plano espiritual el negro aventaja considerablemente al blanco en capacidad artística, el papel de éste en el jazz es artificial. El único medio de evitarlo es provocar un cambio en uno de los dos planos vitales. Según el cambio afecte a lo blanco o a lo negro, encontraremos artistas enrolados en una concepción originariamente no propia —Mezz Mezzrow— o adaptantes a su mentalidad de esta concepción extraña —Bix Beiderbecke—. Por ambos caminos, el jazz toma rumbos supra-raciales.

A lo largo de las dos últimas décadas, la música de jazz se ha concretizado en multitud de formas que dificultan el logro de un decisivo concepto unitario. Creo que debe concederse validez a todas ellas en tanto sean fruto del intento de superación, no de la impotencia. Considero lícito el jazz del cuarteto de Dave Brubeck en tanto constituye la búsqueda de una esfera expresiva de nuevo cuño desde la que el mensaje artístico irradie con más intensidad. En el caso de que la música que produce actualmente fuera su fin tendríamos que catalogarlo entre los impotentes de la música sinfónica y de cámara, cuyo paso por el jazz ha sido nefasto. En mi opinión, todo músico de jazz debe expresarse a través del swing; este es el punto unitario, por medio del cual personalidades como Fats Waller, Jimmie Noone, Coleman Hawkins, Louis Armstrong, Milton Jackson y Charlie Parker habrán dejado, tras su muerte, un testimonio humano incomparable. El jazz se halla abierto a blancos y negros, la mentalidad que lo genera es universal. La situación en que se encuentra actualmente es lo suficientemente definitiva en este sentido para que se llegue a una teoría profunda de su esencia.